

»frecuencia, pero nunca la he mirado.—¿Y cómo se puede  
»ver á las personas sin mirarlas? le dije.—No mirando,  
»contestó, sino en general, y nada mas que lo preciso  
»para poder distinguir una mujer de un hombre, pero no  
»fijamente con una mirada detenida y que distinga de-  
»masiado.»

La segunda precaucion era tener siempre consigo un eclesiástico que, testigo de su conducta, pudiese dar cuenta en caso de necesidad y advertírsele á él mismo, si en su aspecto ó sus maneras le sucedia faltar en algo á aquella modestia perfecta, á aquella gravedad digna y sencilla, que consideraba esenciales á su caracter (1); cuyo eclesiástico se mantenía á cierta distancia para no perjudicar en nada á la libertad de las comunicaciones. Su tercera precaucion consistía en dejar siempre abierta la puerta del departamento donde recibia á las personas de otro sexo, á las que tenia cuidado de no atraer á su palacio. Encontraba mal que un eclesiástico buscara la sociedad de las mujeres, porque, como decia, aunque no se haga mal á sí mismo, se lo hace á los otros por las sospechas que les hace concebir. Un dia que habia dado este aviso á un joven eclesiástico, le vió luego venir al palacio llevando á unas señoras de la mano: «Señoras, les dijo el santo Obispo despues de haberlas saludado, permitid que diga una palabra á este señor;» y conduciendo á su gabinete al joven eclesiástico cayó de rodillas ante su Crucifijo, y con un tono firme: «¿Hasta cuándo, hijo mio, le dijo, haréis la sangre de mi Salvador, no solo inútil sino tremenda por vuestro mal ejemplo? Una vez que como Obispo estoy encargado de vuestra alma, justo es que pague por vos;» y al punto, descubriendo sus espaldas, se aplicó una fuerte disciplina, mientras que el eclesiástico, postrado á su lado, lloraba de arrepentimiento diciendo: «Yo he pecado y mi pastor paga por mí!» (2)

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. II, XXVIII.

(2) Manuscrito de la Madre Fichet.

A estas medidas de prudencia, el santo Obispo unia un exterior modesto, que respiraba la modestia de los ángeles (1); y despues de todas estas precauciones, no se preocupaba con esos temores que turban y que mantienen en el alma el pensamiento del mal, y se cambian ellos mismos en una tentacion. No mirando en todas las personas que recibia mas que almas que salvar, que consolar ó que sostener, lo hacia buena y sencillamente; porque si tenia la prudencia de la serpiente, tenia aún mas la sencillez de la paloma, que tan bien se hermanaba con su alma recta y cándida.

«Sí, ciertamente, escribia á la Santa Madre Chantal (2), las pobres y blancas palomitas son mas agradables que las serpientes; y si hubiera de unir las cualidades de la una á las de la otra, no daría de ningun modo la sencillez de la paloma á la serpiente, porque no por esto dejaría de ser serpiente; sino que daría la prudencia de la serpiente á la paloma. porque no por esto dejaría de ser bella. ¡Oh! sí, entreguémonos á esta santa sencillez, hija de la inocencia y hermana de la caridad. No sé, decia en otra ocasion (3), que es lo que me pasa con esta pobre virtud de la prudencia; pues que si la amo, no es mas que por necesidad, y porque es la sal y la antorcha de la vida; pero la belleza de la sencillez me arrebatada, y daría con gusto cien serpientes por una sola paloma..... Si la dosis de la serpiente y la paloma fuera igual no estaria tranquilo, porque la serpiente puede matar á la paloma, pero la paloma no matará nunca á la serpiente..... Dícenme que en un siglo tan astuto como el nuestro, es necesaria la prudencia para no ser sorprendido; y aunque no censure esta máxima, un buen cristiano preferirá siempre ser yunque á ser martillo, robado á ladron, muerto á asesino, y mártir á tira-

(1) Manuscrito de la Madre Fichet.

(2) Dep. de Mocard.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, s. XXIII.

»no. Diga lo que quiera la prudencia del siglo, vale mas  
»ser bueno y sencillo que astuto y malicioso.»

Si Francisco de Sales amaba tanto la sencillez, era porque la concebía de un modo muy diferente del que la concibe el mundo. La sencillez, según él, no era mas que el candor del corazón que camina recto á la verdad, al deber, á Dios solo; y nada estaba mas en armonía con el temple de su alma (1).

Amigo de la verdad, no podía sufrir ni la sombra de la astucia y del disimulo, y le causaba horror engañar al prójimo para atraerle á sus intenciones aun las mas legítimas. Detestaba toda mentira ó equívoco, y tenía por principio, «que la fidelidad, la franqueza y la sencillez del lenguaje son uno de los mas bellos ornamentos de la vida cristiana. Por eso, nota un historiador, en su ingenuo lenguaje (2) nunca se humillaba sin que tuviese el sentimiento interior de la humildad, y nunca se ofrecía á prestar servicios que no fuese de todo corazón. Desconocía los cumplimientos de los cortesanos, y todas sus palabras eran francas é ingenuas, procediendo en todo sencillamente y con franqueza.» Habiéndole escrito una persona con sinceridad que había tenido una maligna envidia contra otra: «Vuestra carta, le contestó (3), ha embalsamado mi alma con un perfume tan delicioso, que hace mucho tiempo no he leído nada que me haya dado tanto consuelo: así es como se debe meter la mano en los pliegues de nuestros corazones para arrancar los retoños del amor propio. ¡Oh Dios! qué contento para el corazón de un padre muy amante, oír á su hijo declarar que el suyo ha sido envidioso y maligno: feliz envidia, que ha sido seguida de tan ingenua confesión. Vuestra mano, al escribir esta carta, ha ejecutado una acción mas esforzada que todas las de Alejandro.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXXV.

(2) El P. la Riviere, p. 522.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XXIII.

«Un día, en que el sol era muy ardiente, cuenta el Obispo de Belley (1), llegué á su casa muy abatido con el calor, mas él me preguntó riendo si quería que encendieran fuego.—¿Pues qué, le dije, quereis acabar de asarme?—¡Ah! contestó, es que el fuego calienta á los que tienen frio y refresca á los que tienen demasiado calor.» Luego despues de un momento de reflexión: «Mirad, añadió ingenuamente, acabo de obrar con doblez, porque acordándome de haberos oído decir que temeis mucho al frio y que nunca sentís demasiado calor, me he querido reír del exceso de calor que sentís y de lo que decís algunas veces, que vale mas sudar que tiritar, y que el fuego en todo tiempo es bueno. ¡Juzgad cuánto distaba mi respuesta de mi pensamiento!» Manifestándole en otra ocasión el Obispo de Belley su admiración de que el Duque de Saboya no le empleara como diplomático en las cortes extranjeras, sobre todo en Francia, donde su reputación de prudencia, probidad y piedad era tan grande: «Encuentro por el contrario, contestó, que el Duque de Saboya, no empleándome, da pruebas de sabiduría y buen juicio, porque solo las palabras de prudencia humana y de política me llenan de espanto. Hablándoos con franqueza no sé mentir, disimular, ni fingir hábilmente; y la mentira es la obra maestra de la política y su resorte principal. No quisiera por todo el mundo decir una palabra falsa; hablo á la antigua francesa, sencillamente y de buena fe, y mis labios espresan siempre mi pensamiento.»

Escribiendo un día á la superiora de cierta comunidad: «Pedid consejo, le dice con una maravillosa sencillez, porque vuestro sexo necesita ser conducido, y nunca sale bien de ninguna empresa sino por medio de la sumisión, no porque con frecuencia no tenga tanta luz como la que tiene el otro, sino porque Dios lo ha establecido así.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXIII.

Aquella alma cándida no caminaba solo rectamente á la verdad sin rodeo ni disimulo, sin artificio ni doblez, sino tambien al deber sin ningun respeto humano, sin pensar si su accion agradaría ó desagradaría á los hombres, sin otra mira en fin que la de agradar á Dios. No era mas ardiente porque su accion debiera ser aplaudida, ni mas tímido porque debiera escitar murmuraciones, pues no veía mas que su deber, y no hacia ningun caso de lo demás. «Por esto, hace notar la santa Madre Chantal (1), »nada era tan sencillo como su vida, en la que no se veía »ninguna singularidad, ni nada que pudiese producir la »admiracion en los que solo miran el exterior. Hacía una »vida comun, pero de un modo tan divino y celestial, que »nada en ella era tan admirable como esto mismo. Toda la »belleza de su alma estaba en el interior, en la perfeccion »de las virtudes desarrolladas allí por Dios de una manera »divina; y el brillo principal de su santidad consistia en el »modo no comun con que ejecutaba las acciones mas co- »munes.»

«Durante catorce años que he estado bajo su direccion, »refiere Mr. de Belley (2), durante los cuales he procura- »do observar sus acciones, hasta sus menores gestos, sus »palabras y sus instrucciones, nunca he descubierto en él »nada que mostrara nada de singularidad.»

No menos notable en fin, por la sencillez con que se dirigia á Dios en todas las cosas haciéndolo todo por amor, sin tener en cuenta para nada ni á sí mismo ni á las criaturas, sin mas deseo que agradar al Dios á quien amaba y sin mas pretension en este mundo que la de serle agradable: «Mirad, decia (3), cómo un niño pequeño, que no co- »noce aún mas que á su madre, solo tiene un amor y es el »que tiene á su madre, y una sola pretension que es el

(1) Carta de Santa Juana Francisca de Chantal.—Juan de San Francisco.

(2) *Espritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. I.

(3) Conferencia XII.—*Espritu de San Francisco de Sales*, p. VI, sec. XIX.

»seno de su madre, reclinado en el cual ya no quiere otra »cosa; así el alma que posee la perfecta sencillez no tiene »mas que un amor que es para Dios, una sola pretension »que es la de descansar en el seno del Padre celestial, y »en él, como un hijo de amor, hacer su morada, dejando »enteramente todo el cuidado de sí mismo á su buen pa- »dre, sin afligirse por nada, sino manteniéndose en esta »santa confianza. Los deseos de las virtudes y de las gra- »cias no le inquietan, no porque descuide lo que encuen- »tra en su camino, sino porque lo acepta sin ardor, y sin »buscar otros medios de perfeccion que los que tiene á la »mano. No se aparta ni á la diestra ni á la siniestra, para »ver lo que dice, lo que piensa ó lo que hace, sino que »sigue sencillamente su camino, sin pensar mas que en »hacer lo que juzga que debe hacer; permaneciendo tran- »quilo en la confianza que tiene, de que Dios sabe su de- »seo, que es agradarle, y esto le basta.»

En este retrato de la sencillez cristiana, Francisco se pinta á sí mismo faccion por faccion, y nos muestra desnudamente su bella alma.

De esta sencillez interior se comunicaba al exterior un modo de obrar y de vivir que, desprendido de toda singularidad, parecia no tener nada que no le fuera comun con otros muchos, hasta el punto de que los espíritus poco reflexivos ó poco instruidos en las cosas espirituales, que solo llaman santo á lo que es extraordinario, se engañaban á veces sobre el raro mérito de su Obispo. «Mucha »sorpresa nos habia de causar, decian un dia entre sí los »canónigos de la catedral, que nuestro Obispo estuviera »algun dia en el catálogo de los santos; desempeña, es »cierto, muy bien todos sus deberes, pero despues de todo »vive como los demas, regala á sus canónigos y á las de- »mas personas espléndidamente, y hasta va á pasearse por »el lago para recrearse con ellos. Estos buenos canónigos, »observa monseñor Bernex, Obispo de Annecy, al que de- »bemos esta observacion, juzgaban por las apariencias, ol- »vidando que en todas las cosas trabajaba para la santifi-

»cacion de su alma, y que bajo esta corteza de vida comun  
»hacia siempre acopio de gracia y santidad.»

De aquí monseñor Bernez, digno intérprete de los sentimientos del santo, deducia, exhortando á las hijas de la Visitacion, estas palabras: «No admitais ninguna singularidad en vuestra conducta; desterrad todo lo que pudiese haceros caer en ella, pues por bueno que os parezca es un escollo peligroso para una hija de Santa María. Que la humildad, la caridad, la sencillez, caracteres particulares de las hijas de San Francisco de Sales, hagan reconocer y mantengan vivos los ejemplos de tantas santas religiosas que os han precedido en este monasterio.» (1)

### CAPITULO XIII.

#### Su modestia.

La modestia cristiana es una virtud que regula todas las acciones del hombre segun el orden y la decencia, en todo tiempo y lugar, tanto solo como acompañado, tanto en el interior del alma como en el exterior, y esto por respeto á Dios y á sus ángeles que nos están mirando, por respeto al prójimo al que debemos edificar, y por respeto á nosotros mismos; estando obligados á honrar el carácter sagrado de que hemos sido revestidos en el bautismo, en la confirmacion, y sobre todo en el orden si hemos recibido este último sacramento. Esta virtud, generalmente muy poco apreciada, es sin embargo de una grande excelencia, tanto porque pide de nuestra parte una sujecion continua, que es el fruto de un ánimo grande, como porque es un homenaje de todos los momentos hecho á la presencia de Dios; porque edifica al prójimo y le llama á su deber; y en

(1) Anales del monasterio de la Visitacion de Rumilly, año 1704. Manuscrito que poseia Mr. Croisolle, notario de Rumilly.

fin, porque facilita todas las virtudes cuya práctica encierra.

Penetrado de esta doctrina, San Francisco de Sales daba una grande importancia á la modestia; y para ajustar perfectamente á ella su conducta, la habia estudiado bajo todas sus formas, si puede decirse así. Sabemos por las notas encontradas en sus papeles, que dividia la práctica de ella en seis partes, á saber: modestia del cuerpo, del rostro, del lenguaje, del vestido, y por último, modestia del entendimiento y de la voluntad (1).

Por modestia del cuerpo entendia la castidad, el mas precioso ornamento del alma cristiana, el floron mas preciado de la corona sacerdotal, la castidad que en un cuerpo de carne nos hace vivir vida de ángeles, y nos inicia desde este mundo á la pureza del cielo. Esta amable y bella virtud formaba las delicias de su corazon, y parecia brillar en toda su persona. Segun el testimonio de la santa Madre Chantal (2), su rostro, su mirada, su aspecto, sus acciones y palabras, todo en él respiraba un perfume de pureza, y llevaba como un sello de inocencia y de pudor.

Convencido de que la castidad es como un hermoso espejo que el menor soplo puede empañar, como una linda flor que la menor cosa puede ajar, como un precioso cristal que el mas leve choque puede romper, vigilaba cuidadosamente su corazon y sus sentidos para alejar toda ocasion de mal y conservarse perfectamente puro. Nunca, como hemos indicado ya en otro lugar, miraba á nadie para discernir la hermosura de la fealdad, porque veia sin mirar, segun su expresion, nunca recibia á las mujeres sino en una habitacion abierta y en presencia de uno de sus eclesiásticos, no hablándolas sino con una gravedad dulce, acompañada de una modestia que las mantenia en un religioso respeto; jamás persona alguna, aun entre los

(1) El P. la Riviere, p. 517 y sig.—Conferencia IX.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 29.